

¿Intifada a la vista?

Carlos LARRINAGA

Historiador

Nada bien pintan las cosas entre judíos y palestinos. En efecto, desde la última vez que estuve allí, enero de este año, la situación ha empeorado considerablemente, al punto que hay quien habla ya de una nueva intifada o rebelión generalizada de los palestinos. En realidad, 2014 marcó un antes y un después. La formación del gobierno de unidad entre las dos grandes formaciones políticas palestinas, Al-Fatah y Hamás, constituyó la excusa perfecta para que el ejecutivo de Netanyahu diese por concluido unas conversaciones de paz, de suyo, muertas. El Plan impulsado por el secretario de Estado John Kerry ya hacía aguas por la intransigencia de los representantes hebreos. Y es que el que problema reside, fundamentalmente, en que Israel no está dispuesto a abordar los asuntos más espinosos para conseguir una resolución razonable y estable entre dos Estados mutuamente reconocidos. Si bien a este respecto la actitud de Hamás tampoco ayuda demasiado.

De todos modos, lo cierto es que la suspensión del proceso supuso, a todas luces, una frustración enorme entre los delegados palestinos y, sobre todo, en el presidente de la Autoridad Nacional, Mahmud Abás, el gran valedor de dichas negociaciones. Con su decidida apuesta por la vías estrictamente diplomáticas, Abás se ha convertido en el gran propulsor del entendimiento, aun siendo muchas veces cuestionada su postura por los sectores más radicales de la sociedad palestina. En especial, por esos jóvenes que ven cómo, pasados tantos años, su futuro es muy incierto, mientras los asentamientos no paran de crecer en Cisjordania y Jerusalén Este. Jóvenes que diariamente tienen que enfrentarse a las humillaciones de la policía y del Ejército israelíes.

En verdad, a partir de la primavera de 2014 los brotes violentos no han hecho sino sucederse. A la muerte de tres jóvenes estudiantes judíos en las proximidades de Hebrón le siguió una oleada de ataques recíprocos que terminó desembocando en la guerra de Gaza y en acciones de represión continua en Cisjordania. Y en esas estamos ahora: atentados de uno y otro lado y una inseguridad como no se había vivido en tiempos. Por supuesto, la actuación del gabinete israelí tiene mucho que ver en este empeoramiento del panorama político local. No en vano Netanyahu, ganador de las elecciones parlamentarias de 2015, se ha visto obligado a formar una coalición en la que las fuerzas de extrema derecha tienen un peso enorme. Lo cual ha envalentonado a los ultra-ortodoxos y a los colonos, cuyo protagonismo en el Israel actual va en aumento. Por ejemplo, hace unos años era poco usual que entrasen en el barrio árabe de la Ciudad Vieja de Jerusalén Este. Ahora se los ve, sintiéndose protegidos por los distintos retenes de policías dispersos por sus calles. Incluso, en los distritos eminentemente árabes empiezan a despuntar banderas israelíes como símbolo de conquista. Por supuesto, es imposible observar enseñas palestinas porque están prohibidas. Es la peculiar manera que tiene Israel de querer hacer ver que Jerusalén es una y la capital eterna de su Estado. Todo mentira y contrario al Derecho Internacional, que no reconoce la anexión de la zona árabe.

Durante estas semanas la tensión ha aumentado progresivamente por la actitud cada vez más permisiva de las autoridades israelíes a la hora de consentir el acceso a la Explanada de la mezquitas. Quiero recordar que a ella se llega a través de una rampa que salva la altitud del muro de las lamentaciones. En el ingreso a la misma hay un cartel en el que se insta a los judíos a no entrar en ese recinto. Hasta hace poco, esta disposición se cumplía bastante estrictamente, de suerte que, en cuanto los guardias detectaban algún movimiento extraño o incidente, cortaban la entrada. Recientemente las cosas han cambiado y no es raro atisbar grupos de judíos orando junto al-Aqsa o el Domo de la Roca. Es algo que viene denunciando reiteradamente El Waqf Islámico de Jerusalén, fundación religiosa encargada de la gestión de estos santos lugares del Islam. Fundación, claro está, que reconoce al rey de Jordania como el custodio de los mismos. Ya que no debemos olvidar que Jerusalén Este pertenecía a ese país cuando fue conquistada en 1967. Incluso, en los tratados entre el reino hachemita e Israel de 1994 se decidió mantener este estatus en la Explanada, reservando la

seguridad a los israelíes. En teoría esto se mantiene y Netanyahu ha expresado reiteradamente su intención de no romper este equilibrio, aunque ya he dicho que la presencia de judíos se ha incrementado. Si a ello sumamos que los árabes menores de cincuenta años tienen de momento vetado el rezo de los viernes en Al-Aqsa, no es de extrañar que los incidentes en la Ciudad Vieja y en los alrededores se sucedan frecuentemente.

Aprovechándose de ello, junto a los llamados viernes de la ira, Hamás aboga por la intifada, algo que el propio gobierno israelí tampoco niega. En el fondo sería la mejor manera para desacreditar a los palestinos. Por eso los esfuerzos del presidente Abás por eludirla a toda costa. Con la que está cayendo en Siria, Irak, Afganistán, Libia o Egipto, sabe que una equiparación por parte de Israel, y de EEUU, de las reivindicaciones palestinas con el terrorismo islamista sería un duro golpe para la causa de su pueblo. Al haber apostado por los métodos exclusivamente pacíficos, una revuelta de carácter violento en la que sólo los palestinos fuesen identificados como terroristas podría suponer un enorme paso atrás en su estrategia política. De ahí que, y según marcan los acuerdos de Oslo de 1993, siga colaborando en temas de seguridad con Tel Aviv. El escollo radica en que Netanyahu está maniatado por los pactos ya comentados y, por lo tanto, se ve con muy poco margen de maniobra para frenar los atropellos cometidos por los ultra-ortodoxos y los colonos. Al apoyarse en estos grupos, está llevando a la región hacia una situación de violencia como no se vivía desde hace años, amén de mostrarse incapaz de avanzar un ápice en el diálogo con los palestinos. Por eso, si realmente quiere evitar este triste panorama y una próxima sublevación, debería comenzar a pactar con los sectores más moderados de ambas comunidades: el presidente Abás y la izquierda judía. De lo contrario, vencerán los grupos exaltados y la tercera intifada será inevitable.

17 de octubre de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 24 de octubre de 2015, p. 26